

CATEQUESIS MISTAGÓGICAS

LOS SACRAMENTOS

EL BAUTISMO

Introducción

El bautismo es entendido como el sacramento que abre las puertas de la vida cristiana al bautizado, incorporándolo a la comunidad, al gran Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia.

El bautismo perdona el pecado original y todos los pecados personales. Posibilita a los bautizados la participación en la vida trinitaria de Dios mediante la gracia santificante y la incorporación en Cristo y en la Iglesia. Confiere también las virtudes teologales y los dones del Espíritu Santo. Una vez bautizado, el cristiano es siempre un hijo de Dios y un miembro de la Iglesia, y también pertenece para siempre a Cristo.

I. Símbolos

En la Iglesia católica, el sacramento del bautismo tiene varios símbolos, pero hay cuatro principales, que son: el agua, el aceite, la túnica blanca y la vela. Cada uno representa un misterio en la vida de los bautizados.

- **Agua:** Representa el pasaje de la vida “pagana” a una “nueva vida”. Ella tiene el factor de purificación, lavándonos del pecado original.
- **Aceite:** Representa la fortaleza del Espíritu Santo. Antiguamente, los luchadores usaban el aceite antes de las luchas para dejar sus músculos rígidos y así poder vencer. En la nueva vida adquirida por el bautismo el aceite tiene la misma función, revestir al bautizado para las luchas cotidianas contra las amenazas del maligno.
- **Túnica blanca:** Representa la nueva vida adquirida por el bautismo. Cuando tomamos baño vestimos una ropa limpia, en el bautismo no sería diferente. Somos lavados en el agua y vestidos de una nueva vida.
- **Vela:** Tiene dos significados: el Espíritu Santo y el don de la fe. Por el bautismo somos revestidos de muchas gracias y la principal es el Espíritu Santo, pues seremos unidos a Dios como hijos para ser santificados y esta santificación es realizada a través del Espíritu Santo. La fe es un don fundamental para nuestra vida, es a través de ella como reconocemos Dios y por ella recibimos su gracia.

II. Efectos

Los efectos del sacramento según la teología católica son:

- el perdón de los pecados (se perdona el pecado original, todos los pecados personales y las penas temporales que merezca por ellos),
- la unión con Cristo dada por el carácter sacramental,
- el don del Espíritu Santo,
- el ser hijo adoptivo de Dios Padre
- integrarlo como miembro de la Iglesia.

III. Teología del Bautismo

El bautismo es el sacramento que nos inicia en la vida cristiana. Nos hace Hijos de Dios y miembros de la Iglesia. Como todos sabemos, los hombres nacemos con el “pecado original” que cometieron nuestros primeros padres, Adán y Eva. Pero Dios, que es AMOR, nos envió a su Hijo Jesucristo, quien se hizo hombre como nosotros para salvarnos y hacer posible la vida de amor con Dios.

Para ello Cristo, murió en la cruz y resucitó. De esa manera venció al pecado e hizo posible que nosotros podamos morir al pecado y nacer de nuevo a la vida de Dios. Todos nacemos separados de Dios, es decir, “muertos a la vida de Dios” por el pecado original y nacemos a la vida de Dios, a la vida espiritual, al recibir el bautismo.

Por el bautismo, Dios nos da el DON, el regalo, de ser hijos de Él, dándonos su mismo Espíritu, para que habite en nosotros. A partir de ese momento Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, la Santísima Trinidad, habitarán en el bautizado.

El bautismo es una figura simbólica de identificación espiritual del creyente con la muerte, sepultura y resurrección de Jesús. “Por el Bautismo somos liberados del pecado y regenerados como hijos de Dios, llegamos a ser miembros de Cristo y somos incorporados a la Iglesia y hechos partícipes de su misión”, dice el Catecismo de la Iglesia Católica (1213).

Se inició con los apóstoles

“Desde el día de Pentecostés la Iglesia ha celebrado y administrado el santo Bautismo. En efecto, san Pedro declara a la multitud conmovida por su predicación: ‘Convertíos [...] y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo’ (Hch 2,38)”.

Se renueva cada año

“En todos los bautizados, niños o adultos, la fe debe crecer después del Bautismo. Por eso, la Iglesia celebra cada año en la vigilia pascual la renovación de las promesas del Bautismo. La preparación al Bautismo sólo conduce al umbral de la vida nueva. El Bautismo es la fuente de la vida nueva en Cristo, de la cual brota toda la vida cristiana”.

Es un sello único y permanente

“El Bautismo imprime en el cristiano un sello espiritual indeleble (character) de su pertenencia a Cristo. Este sello no es borrado por ningún pecado, aunque el pecado impida al Bautismo dar frutos de salvación.

IV. El Bautismo, fundamento de la vida cristiana

En los tiempos de crisis de la verdad, de nihilismo antropológico y espiritual que nos ha tocado vivir, está siempre presente el riesgo de perder de vista el realismo de la vida cristiana. En un contexto en el cual la cultura está marcada por el agnosticismo funcional, la opción por la vida de fe empieza muchas veces a aparecer como una más entre las varias alternativas que se le ofrecen al “consumidor”. La afirmación de que nuestra vida cristiana es algo “dado”, que los cristianos acogemos y que entraña un contacto con la realidad y en particular con la ontología del ser humano, aparece en ese contexto como una pretensión inaudita que suscita rechazo.

Reflexionar sobre el Bautismo como fuente de vocación y misión del cristiano significa recordar la verdad fundamental de que nuestra vida cristiana tiene en su fundamento un acontecimiento sacramental, es decir un hecho concreto, histórico, real incluso en el sentido físico, que ha acontecido en un momento determinado de nuestras vidas. Sin la transformación de nuestro interior que opera el signo sacramental del agua acompañada por las palabras del ministro, nuestra vida cristiana carecería de fundamento ontológico y antropológico; la vida de fe no tendría base suficiente en nuestra realidad personal.

Esto significa también que la vida cristiana no se basa en primer lugar en la decisión humana de emprender el camino del seguimiento de las enseñanzas evangélicas, sino que tiene su primer fundamento en la iniciativa de Dios que sale al encuentro del ser humano mediante un signo eficaz específico, que como hecho histórico, concreto y real, transforma su existencia y funda una vida nueva.

La acción cooperadora con la que el ser humano corresponde a la gracia santificante supone el don ontológico original del Bautismo, y surge precisamente como respuesta a él. La vida cristiana no es, pues, producto de la invención del ser humano, sino fruto de la apertura consciente y libre a una transformación real que Dios ha efectuado en su ser por medio de la gracia.

El hecho de que la vida cristiana tiene un fundamento ontológico sacramental se puede percibir también en la transformación que el Bautismo causa en el ser de la persona que lo recibe. Por la recepción del sacramento, el neófito es transformado interiormente, “participa en la muerte de Cristo; es sepultado y resucita con Él”, y por ello es “revestido de Cristo” (Gál 3,27).

Ahora bien, si el Bautismo transforma ontológicamente al ser humano, es necesario afirmar al mismo tiempo que lo presupone, como capaz de acoger la gracia de la filiación, y que lo conduce a la plenitud a la que está llamado. Esta afirmación no es más que la verificación en el plano sacramental de la antropología desarrollada por el Concilio Vaticano II. En efecto, si es verdad que “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado”, y que sólo Él “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de



su vocación” entonces es necesario afirmar que la naturaleza humana sólo puede encontrar su verdadera plenitud a partir de la gracia bautismal.

La superación de la situación actual de crisis de verdad que prescinde del realismo de la vida cristiana supone hacer, pues, dos afirmaciones fundamentales:

- En primer lugar, que la vida cristiana hunde sus raíces en el mismo fundamento ontológico de la vida humana, y se basa no sólo en una elección de la persona, sino en primer término en la realidad ontológica del Bautismo.
- En segundo lugar, que el don del Bautismo nos es ofrecido por Dios -a través de la Iglesia- como respuesta concreta a las hambres fondaes inscritas en nuestra naturaleza humana, como posibilidad realista de realización de los dinamismos fundamentales presentes en ella con anterioridad al Bautismo. Es pues un don gratuito, pero de ninguna manera extrínseco, porque responde a la misma naturaleza humana, llamada a la comunión.

V. El Bautismo nos hace miembros de la Iglesia

La figura del cuerpo que el Espíritu inspira a San Pablo para expresar la realidad de la Iglesia ilumina ambas dimensiones de la comunión. Expresa por un lado la unidad de todos los miembros del cuerpo con la Cabeza que es el Señor, de quien todos reciben la vida. Participamos de la vida cristiana como miembros de la Iglesia, en la medida en que permanecemos unidos “a la Cabeza, de la cual todo el Cuerpo, por medio de junturas y ligamentos, recibe nutrición y cohesión, para realizar su crecimiento en Dios” (Col 2,19).

La figura del cuerpo expresa también la unidad en la pluralidad de servicios que están llamados a desempeñar los cristianos en la Iglesia: “Pues, así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función, así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros” (Rom 12,4-5).

La unidad del cuerpo se fortalece cuando cada uno construye la comunión, acogiendo la reconciliación en la vida personal y comunitaria, y entregándose generosamente al “ministerio de la reconciliación”, que se nos ha confiado en el Bautismo: “Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación” (2Cor 5,18).

VI. El Bautismo y la vocación a la santidad

La vida cristiana que proviene del Bautismo incluye pues tanto la vocación del cristiano a participar plenamente de esa vida en su persona, como en la llamada a cumplir una misión apostólica. Ahondaremos ahora en el primero de estos aspectos, que no es otro que la vocación de cada cristiano a vivir la plenitud de la santidad.

Los cristianos son ya “realmente santos” por el Bautismo. Hay un fundamento ontológico de santidad, en el cual se basa el desarrollo de la santidad del cristiano: la vida nueva en el Señor que le ha sido conferida al bautizado por su participación sacramental en el acto reconciliador del Señor Jesús. Pero también, con la ayuda de Dios, es necesario conservar y perfeccionar en la vida la santidad recibida en el bautismo.

Si el don del Bautismo es como una semilla de vida llamada a crecer y exige un esfuerzo de cooperación, también lo exige la presencia, aun después del Bautismo, de las consecuencias del pecado:

El desarrollo del don de la vida cristiana recibido por el Bautismo supone pues un esfuerzo

consciente de lucha y combate. Este combate requiere de una cooperación activa con la gracia recibida. No basta con ser bautizado, sino que es necesario abrirse al dinamismo del Bautismo para, cooperando con la gracia recibida, irse transformando cada vez más, “hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo” (Ef 4,13), en cuya muerte hemos participado para nacer a la nueva vida.

Esto implica asumir en la propia vida un doble dinamismo por el cual nos vamos asemejando cada vez más al Señor Jesús: despojarse del hombre viejo y revestirse del nuevo. Ambos procesos son simultáneos y complementarios. Por un lado, ir rompiendo con el pecado, con los conflictos y rupturas en todas las dimensiones de nuestro ser, y sobre todo con la mentira, que nos hace esclavos de las concupiscencias del poder, el tener y el placer (ver 1Jn 2,16). Por el otro, ir revistiéndonos del hombre nuevo, acogiendo la gracia divina que el Padre derrama en nuestros corazones por el Espíritu Santo, para irnos asemejando cada vez más al Señor Jesús y poder repetir con el Apóstol: “es Cristo quien vive en mí” (Gál 2,20).

Para que la fe se haga integral debe ir creciendo, hasta ir transformando a la persona en toda su realidad. Para ello es necesario un esfuerzo consciente y sistemático por ir abriéndose y respondiendo al dinamismo transformante de la fe.

VII. El Bautismo y la misión apostólica

El camino de desarrollo de la fe no se refiere únicamente al perfeccionamiento personal del cristiano, a su vocación a la santidad. Este crecimiento de la fe personal está, como indicamos más arriba, indisolublemente unido a la misión que el Señor encomienda a cada uno en la Iglesia. La gloria que el cristiano está llamado a dar al Padre junto con el Señor no se puede desligar del cumplimiento de la obra apostólica que se le encomienda a cada uno: “Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar” (Jn 17,4).

Con el Bautismo el fiel empieza a participar de la misión del Pueblo de Dios. Esta dimensión apostólica del Bautismo se manifiesta de manera más plena en la Confirmación, que concluye la iniciación cristiana, y en la cual los cristianos “se comprometen mucho más, como auténticos testigos de Cristo, a extender y defender la fe con sus palabras y sus obras”.

VII. “Partícipes del oficio sacerdotal, profético y real de Jesucristo”

La misión apostólica que proviene del Bautismo confiere la participación en el oficio sacerdotal, profético y real de Jesucristo. Esta participación vale para todos los fieles cristianos en cuanto bautizados, y es necesario afirmarla de manera particular con respecto a los laicos, “fieles incorporados a Cristo por el Bautismo, que forman parte del Pueblo de Dios ejerciendo desde su propia vocación la función sacerdotal, profética y real de Cristo, y que en tal sentido ejercen tanto en la Iglesia, así como en el mundo, la misión común: “propagar el reino de Cristo en toda la tierra para gloria de Dios Padre, y hacer así a todos los hombres partícipes de la redención salvadora y por medio de ellos ordenar realmente todo el universo hacia Cristo”.

La **participación en el oficio sacerdotal** se da ante todo por la unión de los fieles al sacrificio de Jesucristo en “el ofrecimiento de sí mismos y de todas sus actividades (ver Rom 12,1-2)” (41), que se plenifica en la participación de la oblación eucarística. Exige vivir una espiritualidad de la vida cotidiana, en la cual “todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso espiritual y corporal..., e incluso las mismas pruebas de la vida”, vividos en el Espíritu, “se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo (ver 1Pe 2,5)”.

EL BAUTISMO

Por la participación en el oficio sacerdotal, “la vocación a la santidad está **ligada íntimamente a la misión**”. La santidad es la condición de todo apostolado eficaz, porque nadie da lo que no tiene, y porque una predicación del Evangelio que no tenga sustento en el testimonio de vida no tiene credibilidad. Como enseña Santo Domingo, “el mejor evangelizador es el santo, el hombre de las bienaventuranzas”. El primer campo de apostolado ha de ser siempre el evangelizador mismo, permanentemente evangelizado, porque el primer servicio evangelizador que el fiel le debe a la Iglesia y a los demás es el esfuerzo por su propia santidad.



Pero la dimensión apostólica de la santidad personal sería incompleta sin la predicación activa del Evangelio. La **participación en el oficio profético del Señor Jesús** se da en el testimonio explícito de la verdad evangélica, en la participación eficaz de todos los fieles en la acción evangelizadora de la Iglesia, no sólo mediante “el testimonio de la vida”, sino también “con el poder de la palabra”. A lo largo de toda la historia de la Iglesia este testimonio ha ido adquiriendo formas siempre renovadas para hacer presente el Evangelio a todos los hombres y a todas las realidades humanas. En los últimos tiempos vienen siendo particularmente importantes las formas asociadas de apostolado, particularmente en el ámbito laical.

El esfuerzo por responder al reto de la evangelización presupone y exige una formación constante en la fe, para poder responder a los retos concretos de los hombres y mujeres de cada tiempo y dar un testimonio eficaz en la cultura. A su vez, la actividad evangelizadora conduce a un crecimiento en la fe, porque “la misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. **¡La fe se fortalece dándola!**”

La **participación en el oficio real** convoca a los bautizados a “servir al Reino de Dios y difundirlo en la historia. Los cristianos participan de este oficio del Siervo sufriente, antes que nada, mediante la lucha espiritual para vencer en sí mismos el reino del pecado (ver Rom 6,12); y después en la propia entrega para servir, en la justicia y en la caridad, al mismo Jesús presente en todos sus hermanos, especialmente en los más pequeños (ver Mt 25,40)” Aquí entra en juego con toda su radicalidad la exigencia de un servicio solidario a los pobres. Al mismo tiempo, el horizonte del Reino manifiesta que la misión apostólica no queda en el ámbito personal, sino que se trata de transformar todo lo humano mediante la “palabra de la reconciliación” (2Cor 5,19), buscando “dar de nuevo a la entera creación todo su valor originario”.

Por el bautismo se participa del sacerdocio de Cristo, de su misión profética y real, son “linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz” (I P. 2,9).

IX. Somos hijos de Dios

Quizás el más conmovedor y asombroso efecto del Bautismo sea el producir la afiliación divina. Dios, según su naturaleza, sólo tiene un Hijo, que es el Verbo Encarnado. Únicamente el Padre le transfiere eternamente la naturaleza divina en toda su infinita plenitud. Sin embargo, la gracia santificante -que es uno de los efectos del Bautismo- confiere a los neófitos una participación real y verdadera en esa afiliación, pues “se trata de una adopción intrínseca, que pone en nuestra alma, física y formalmente, una realidad absolutamente divina, que hace circular la sangre misma de Dios en las venas de nuestra alma.

En virtud de este injerto divino, el alma se hace participante de la misma vida de Dios. Se trata de una verdadera generación espiritual, un nacimiento sobrenatural que imita la generación natural, y que recuerda, analógicamente, la generación eterna del Verbo de Dios. En una palabra, la gracia santificante, para la que el Bautismo nos abre las puertas, no nos da solamente el derecho de llamarnos hijos de Dios, sino que nos hace serlos en la realidad. Cada hombre recibe de Dios una identidad que ni la enfermedad ni la muerte pueden destruir, una identidad que tampoco en la muerte se extingue: la dignidad de un hijo de Dios.

IX. María, nueva criatura y primera cristiana

Para comprender la transformación de la existencia humana que significa esta vida cristiana, la Iglesia ha mirado siempre a María, la primera en recibir en sí los frutos de la reconciliación. Ella es paradigma de esa vida de la que los cristianos participamos por el Bautismo. Manifiesta en su propio ser indiviso la plenitud de vida que se da en la comunión con la Trinidad creadora, que es la fuente de la reconciliación con uno mismo, con los demás y con toda la creación.

La vocación a la vida cristiana, que María acoge plenamente, se manifiesta en Ella precisamente como la coronación y la plenitud de la vocación a la vida humana, y por lo tanto como la verdadera vida humana, vida reconciliada, existencia en la cual ha dado fruto la reconciliación que el Señor nos ha obtenido con su Encarnación, Muerte y Resurrección. En María se percibe claramente que la vida cristiana es la que se centra en el Señor Jesús, nutriéndose de Él, que ha venido para que tengamos vida y para que la tengamos en abundancia (ver Jn 10,10).

En Ella resulta claro también cómo la vocación a la vida cristiana, que alcanza una especificación particular en cada persona llamada a reflejar la gloria del Señor de una manera única e irrepetible, no se queda en el ser, sino que está indeliblemente unida a un quehacer, a una obra, a una misión concreta y personal. María, que es la Inmaculada, la llena de gracia, la sierva del Señor, tiene, como enseña el Santo Padre, “un lugar preciso en el plan de la salvación”, una “presencia activa y ejemplar en la vida de la Iglesia”. Al igual que Ella todos los cristianos tienen, junto a su vocación a la santidad, una misión a cumplir.